

Finales

La muestra

Pablo Bernasconi



Finales

La muestra

Pablo Bernasconi



BIBLIOTECA NACIONAL
MARIANO MORENO

Noviembre - Diciembre de 2015

La literatura como imaginación mítica

El tipo de imaginación gráfica que anima los dibujos de Bernasconi tiene componentes míticos, alegóricos y pictóricos, que en sí mismos ya pertenecen a la literatura. La elección de los finales de varias novelas célebres ya indica una propensión espacial y objetual para juzgar los escritos que en general se mueven en relación a señales de temporalidad que obligan a los lectores a hacer más operaciones que las de computar los inicios o los finales. Pero para Bernasconi esta opción está en perfecta consonancia con el vuelo mágico —que vincula a un mundo encantado y simpáticamente contrahecho— que tiene su fantasía plástica. Las figuras quiméricas que salen de su alforja de collages impenitentes —y no olvidemos que el collage es la base del pensamiento mitológico— componen un mundo completo donde reina el absurdo y al mismo tiempo la ternura. La idea de hacer preponderar los finales de ninguna manera le es ajena a todo lector; siempre hay un oculto deseo de anticiparse o de jugar a las escondidas con los instrumentos acumulativos de un relato que propone un autor. En los cuentos, es habitual recordar su conclusión, pues el remate suele ser cuidadosamente elaborado. En las largas novelas sobre la memoria, se suele recordar el principio: “Durante mucho tiempo solía acostarme temprano”. Pero Bernasconi es un lector cuyo ingenio desbordante lo lleva hacia el final, porque de algún modo luego leerá todo a contrapelo, de una manera retrospectiva, como quien en su camino va juntando ruinas que acontecieron antes. Cuando las encaja unas con otras, esos deshechos suelen convertirse en figuras sorprendentes que hacen de toda materia un objeto animado. Los esperpentos de Bernasconi son grandes creaciones pictóricas y escultóricas, y como el Golem, esperan de sus espectadores el soplo con el cual ellos mismos participan de la vida que desde ya estas figuras antropomórficas ya tienen. Son habitantes fantasmales de un ameno planeta de objetos animados y fantásticos, y así, totalmente esperanzados.

Horacio González

Director de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno

El fin del fin

Tengo un problema. Tengo varios en realidad: me aterran los pececitos de colores de las aguas caribeñas. No me gusta que se me peguen los dedos con la gotita, me da asco la leche y empiezo cada libro leyendo primero el final. Como todo absurdo, irreprimible pero prolijo, esta condición lleva reglas muy claras. Ya que, a decir verdad, no leo específicamente “el final”, sino tan sólo el último párrafo, que no es lo mismo. A veces este segmento es tan revelador que el porvenir de mi lectura se vuelve previsible (Stephen King me lo hace ocho de cada diez veces). Pero en general no es así, y el párrafo en cuestión tan sólo cierra una historia que en realidad terminó muchas páginas atrás.

Hace un tiempo, preocupado genuinamente por esta patología y vencido ante sucesivos intentos por derrotarla, me vi obligado a encontrar un justificativo que me hiciese al menos comprender su significado. Llegué a la improbable conclusión de que el hecho de leer el último párrafo atenuaba mi ansiedad, y la forma en que avanzaba sobre el libro resultaba mucho más distendida. El placebo original ya no estaba escondido, y mi curiosidad estaba en paz con cada palabra escrita.

Por supuesto, no me interesa contagiar con éste virus al lector. Aunque la idea apocalíptica de experimentar con el Fin nos resulte agobiante desde lo existencial, es perfectamente abarcable desde el arte. Así, la literatura condensa y delimita algo que el pensamiento aristotélico no permitiría, y es habilitar el hecho de que las cosas empiecen y terminen en la nada. El final ejerce una atracción gravitacional sobre el peso de nuestra propia curiosidad. Pero la ansiedad, ese agujero negro que crece a medida que avanza, es el motor que nos lanza hacia delante, atravesando el tedio y el sueño, el tiempo y el espacio.

Entiendo que una gran cualidad que tienen los libros es que a diferencia del mundo real, tienen un final. Un punto en el que ya no puedo ir más allá. Eso me tranquiliza porque supone cierto control sobre la propia naturaleza. La literatura propone una ilusión tan verosímil, tan deliciosa, que por un momento la preferimos a la verdad. Este proyecto cierra la obtusa

tríada de experimentos editoriales que comenzó en Retratos y siguió con Bifocal. Esta vez, los recursos narrativos dependerán alternadamente de dos factores, casi antónimos: la expectativa y la evidencia. Es decir, la unión de dos momentos en el tiempo de la lectura que liberan una imagen y nos dejan, cuando no, con más preguntas. ¿Cuánto influye cada uno? ¿En qué medida puedo separarlos? ¿Cuánto pesa un final?

El libro —*Finales*— selecciona cincuenta y ocho libros, de los cuales tres presté y no me devolvieron; siete me cambiaron literalmente la vida; tres abandoné; cuatro tardé más de un año en terminar y cinco fueron leídos hace al menos quince años, por lo que sus imágenes se reconstruyen desde recuerdos mohosos. Dos pasaron del odio al amor profundo, otros dos nunca pasaron del odio, seis fueron recomendados por seres queridos y aún les tengo cariño —a los libros y a los seres—. Tres leí en inglés, cuatro al menos dos veces, dos leí por obligación, siete durante diferentes vacaciones, nueve en la cama y uno me gustó tanto tanto que me dio el coraje para encarar este, mi libro.

El lector avezado se reencontrará con finales ya leídos, mientras que otro se sentirá invitado a completar el resto del libro desde el principio. En el mejor de los casos, como propone Daniel Pennac, si materializo así esta extraña forma de recomendar lecturas me convertiré en un ser querido; en alguien que se vuelve cercano por compartir placeres sinceros. En el peor de los casos, bueno, en todo lo contrario.

Me robo el pasado de las historias y lo escondo para después. Así, les presento el futuro y despierto el apetito. Como un trovador tramposo, como un fisgón adicto.

De cualquier modo, este experimento catártico no podrá evitar que los pececitos de colores me sigan aterrando ni que siga leyendo desde atrás. Al menos comprobé que no le tengo miedo a las alturas.

Pablo Bernasconi

Las ciudades invisibles

Italo Calvino

El infierno de los vivos no es algo por venir: hay uno, el que ya existe aquí, el infierno que habitamos todos los días, que formamos estando juntos. Hay dos maneras de no sufrirlo. La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de dejar de verlo. La segunda es riesgosa y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y saber quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacer que dure, y dejarle espacio.



No habrá más penas ni olvidos

Oswaldo Soriano

—Va a ser un lindo día, sargento.

García se dio vuelta en dirección al pueblo y se quedó con la vista clavada en el horizonte. Tenía el rostro fatigado, pero la voz le salió alegre, limpia.

—Un día de peronista —dijo.

Don Quijote de la Mancha

Miguel de Cervantes

“(…) Para mí sola nació don Quijote, y yo para él; él supo obrar y yo escribir; solos los dos somos para en uno, a despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco que se atrevió o se ha de atrever a escribir con pluma de avestruz grosera y mal deliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros ni asunto de su resfriado ingenio; a quien advertirás, si acaso llegas a conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de don Quijote, y no le quiera llevar, contra todos los fueros de la muerte, a Castilla la Vieja, haciéndole salir de la fuesa donde real y verdaderamente yace tendido de largo a largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva: que para hacer burla de tantas como hicieron tantos andantes caballeros, bastan las dos que él hizo, tan a gusto y beneplácito de las gentes a cuya noticia llegaron, así en éstos como en los extraños reinos”. Y con esto cumplirás con tu cristiana profesión, aconsejando bien a quien mal te quiere, y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero don Quijote van ya tropezando y han de caer del todo sin duda alguna. Vale.



El amor en los tiempos del cólera

Gabriel García Márquez

El capitán miró a Fermina Daza y vio en sus pestañas los primeros destellos de una escarcha invernal. Luego miró a Florentino Ariza, su dominio invencible, su amor impávido, y lo asustó la sospecha tardía de que es la vida, más que la muerte, la que no tiene límites.

—¿Y hasta cuándo cree usted que podemos seguir en este ir y venir del carajo? —le preguntó.

Florentino Ariza tenía la respuesta preparada desde hacía cincuenta y tres años, siete meses y once días con sus noches.

—Toda la vida —dijo.



Adán Buenosayres

Leopoldo Marechal

Volví a contemplar el monstruo, y aunque no le noté forma de maldad alguna, me pareció que las reunía todas en la síntesis de su masa ondulante, y que las abominaciones del infierno schultziano tomaban origen y sentido en aquel animal gelatinoso que se retorció en la Gran Hoya.

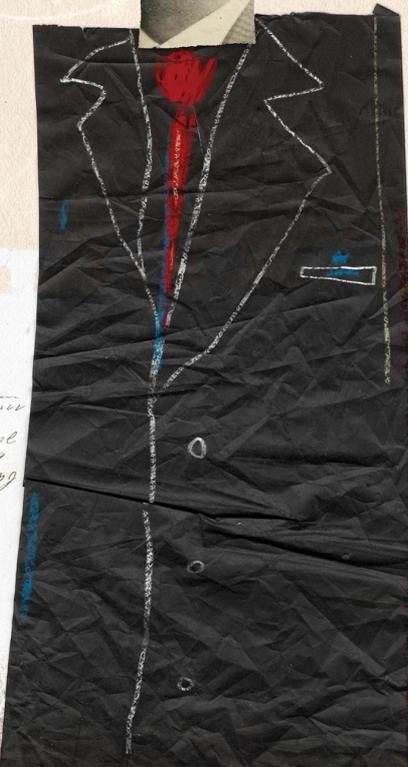
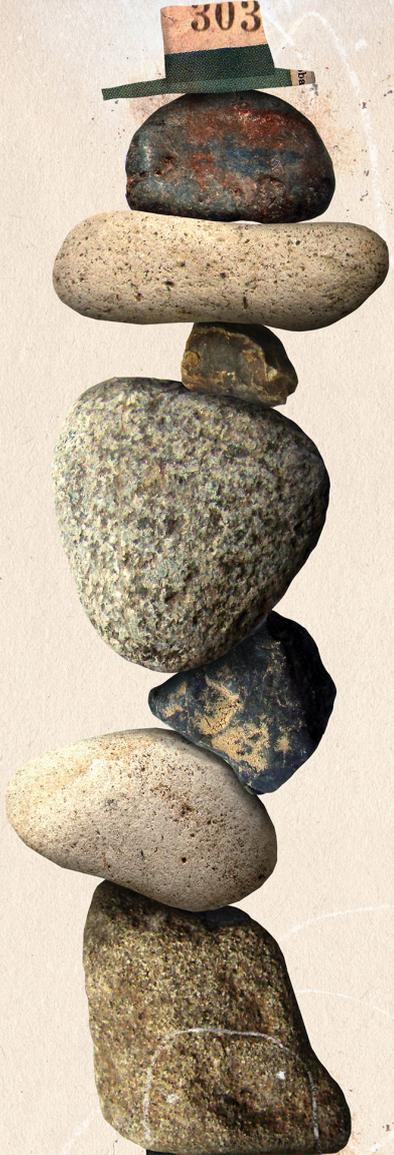
—¿Qué le parece? —me interrogó Schultze al fin, señalando al Paleogogo.

Le contesté:

—Más feo que un susto a medianoche. Con más agallas que un dorado. Serio como bragueta de fraile. Más entrador que perro de rico. De punta, como cuchillo de viejo. Más fruncido que tabaquera de inmigrante. Mierdoso, como alpargata de vasco tambero. Con más vueltas que caballo de noria. Más fiero que costalada de chanco. Más duro que garrón de vizcacha. Mañero como petizo de lavandera. Solemne como pedo de inglés.

303

WOL



BUENOS AIRES



BUENOS AIRES
Luz
1922



El túnel

Ernesto Sábato

Sólo existió un ser que entendía mi pintura. Mientras tanto, estos cuadros deben de confirmarlos cada vez más en su estúpido punto de vista. Y los muros de este infierno serán, así, cada día más herméticos.

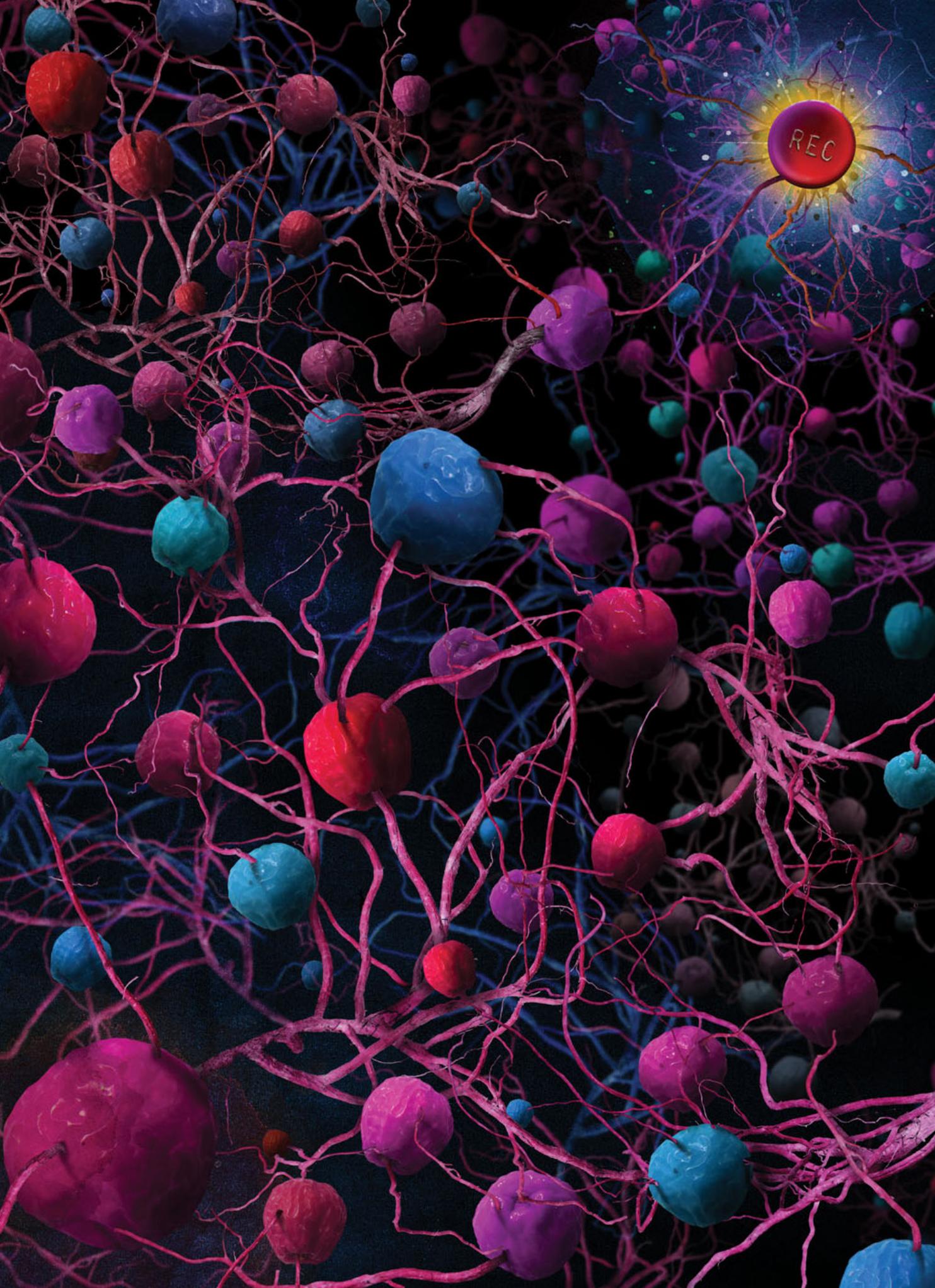


*(GRACIAS ESCHER)

La invención de Morel

Adolfo Bioy Casares

Al hombre que, basándose en este informe, invente una máquina capaz de reunir las presencias disgregadas, haré una súplica. Búsquenos a Faustine y a mí, hágame entrar en el cielo de la conciencia de Faustine. Será un acto piadoso.



Don Segundo Sombra

Ricardo Güiraldes

Centrando mi voluntad en la ejecución de los pequeños hechos, di vuelta mi caballo y, lentamente, me fui para las casas. Me fui, como quien se desangra.



El proceso

Franz Kafka

K esperó en su despacho al ordenanza paseando de un lado a otro, rechazó casi en silencio al subdirector, que quiso entrar varias veces para preguntarle por los motivos de su viaje y, cuando al fin tuvo el maletín, se apresuró a llegar hasta el coche. Se encontraba aún en la escalera, cuando arriba apareció el funcionario Kullych con una carta en la mano, con la que aparentemente quería solicitar algo de K. Éste le rechazó con la mano, pero terco y necio como era ese hombre rubio y cabezón, interpretó mal el gesto de K y bajó las escaleras con el papel dando unos saltos en los que ponía en peligro su vida. K se enojó tanto que, cuando Kullych le alcanzó en la escalinata, le arrebató la carta y la rompió. Cuando K se volvió ya en el coche, Kullych, que probablemente aún no había comprendido el error cometido, permanecía estático en el mismo sitio y miraba cómo se alejaba el coche, mientras el portero, a su lado, se quitaba la gorra. Así que K aún era uno de los funcionarios superiores del banco, el portero rectificaría la opinión de quien lo quisiera negar. Y su madre le tendría, incluso, y a pesar de todos sus desmentidos, por el director del banco y, eso, desde hacía años. En su opinión jamás descendería de rango, por más que su reputación sufriese daños. Tal vez era una buena señal que justo antes de salir se hubiera convencido de que aún era un funcionario que incluso tenía conexiones con el tribunal, podía arrebatar una carta y romperla sin disculpa alguna. Pero no pudo hacer lo que más le hubiera gustado, dar dos sopapos en las mejillas pálidas y redondas de Kullych.



1984

George Orwell

Contempló el enorme rostro. Le había costado cuarenta años saber qué clase de sonrisa era aquella oculta bajo el bigote negro. ¡Qué cruel e inútil incompreensión! ¡Qué tozudez la suya exiliándose a sí mismo de aquel corazón amante! Dos lágrimas, perfumadas de ginebra, le resbalaron por las mejillas. Pero ya todo estaba arreglado, todo alcanzaba la perfección, la lucha había terminado. Se había vencido a sí mismo definitivamente. Amaba al Gran Hermano.



Martín Fierro

José Hernández

Pero ponga su esperanza
en el Dios que lo formó;
y aquí me despido yo,
que referí así a mi modo
MALES QUE CONOCEN TODOS
PERO QUE NAIDES CONTÓ.

con el cantar se consuela.

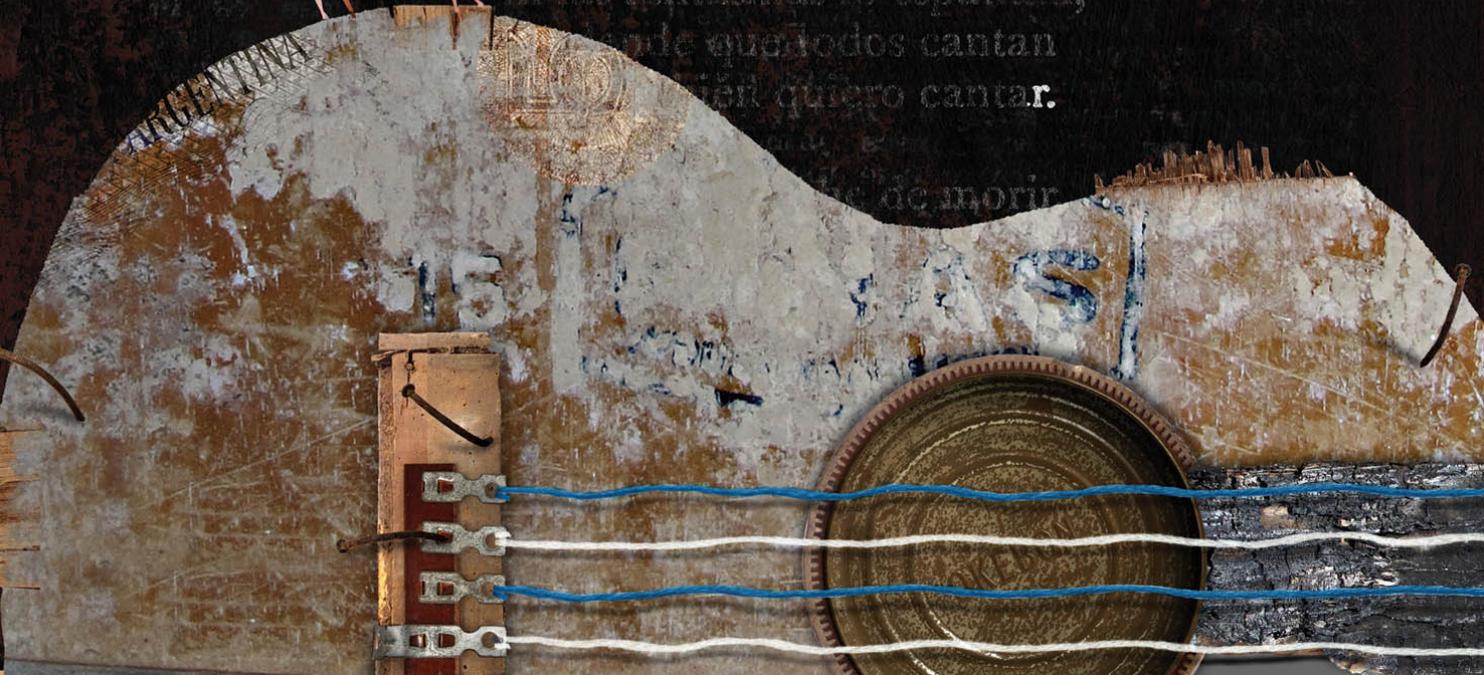
Pido a los santos del cielo
que ayuden mi pensamiento;
les pido en este momento
que voy a cantar mi historia
que me refresquen la memoria
y aclaren mi entendimiento.

Vengan santos milagrosos,
vengan todos en mi ayuda,
que la lengua se me añuda
y se me pierda la vista;
pido a mi Dios que me asista
en una ocasion tan ruda.

Yo he visto muchos gaitores,
con lamas bien defendidas
y que después de alquiritas
no las quieren susientar;
parece que sin la gar
se causaron en partidas.

Mas ande otro criollo pasa
Martin Fierro ha de pasar;
nada lo hace recular,
ni las fantasmas lo espantan;
ande que todos cantan
bien quiero cantar.

de morir



Alicia en el País de las Maravillas

Lewis Carroll

Por último, imaginó cómo sería, en el futuro, esta pequeña hermana suya, cómo sería Alicia cuando se convirtiera en una mujer. Y pensó que Alicia conservaría, a lo largo de los años, el mismo corazón sencillo y entusiasta de su niñez, y que reuniría a su alrededor a otros chiquillos, y haría brillar los ojos de los pequeños al contarles un cuento extraño, quizás este mismo sueño del País de las Maravillas que había tenido años atrás; y que Alicia sentiría las pequeñas tristezas y se alegraría con los ingenuos goces de los chiquillos, recordando su propia infancia y los felices días del verano.



Moby Dick

Herman Melville

Entonces, pequeñas aves volaron gritando sobre el abismo aún entreabierto; una tétrica rompiente blanca chocó contra sus bordes abruptos; después, todo se desplomó, y el gran sudario del mar siguió meciéndose como se mecía hace cinco mil años.



Presidenta de la Nación
Cristina Fernández de Kirchner

Ministra de Cultura de la Nación
Teresa Parodi

Biblioteca Nacional Mariano Moreno
Director
Horacio González

Subdirectora
Elsa Barber

Directora del Museo del libro y de la lengua
María Pia López

Directora Técnico Bibliotecológica
Elsa Rapetti

Director de Administración
Roberto Arno

Director de Cultura
Ezequiel Grimson

Equipo de realización y producción

Ilustrador: Pablo Bernasconi. **Diseño gráfico:** Juan Martín Serrovalle. **Montaje** Alejandro Muzzupappa y Solange Porto.

Dirección de Cultura

Daniel Campione, Bárbara Maier, Alejandro Virués, Magdalena Calzetta, Martina Kaplan, Bruno Basile, Manuel Valverde, Antonio Dziembrowski.

Departamento de Comunicación

Ximena Talento, Laura Romero, Natalia Bellotto, Martín Ponce, Diego Vega, Marcelo Huici, Isabel Larrosa, Silvina Colombo, Mariano Molina, Abelardo Cabrera, Ignacio Torres, Ana Da Costa, Osvaldo Gamba, Susana Szakváry, Lucía Gómez Muñoz, Gastón Francese.

Departamento de Producción

Martín Blanco, Valeria Nadra, Juliana Vegas, Pamela Miceli, Gabriela De Sa Souza, Carla García Bufón, Diana Rivas.

Área de Diseño Gráfico

Luisina Andrejerak, Valeria Gómez, Santiago Fanego, Ximena Escudero, Daniela Carreira, Máximo Fiori, Samir Raed Ahumada, Notburga Véronique Pestoni.

Departamento de Relaciones Públicas e Institucionales

Carlos Bernatek, Christian Torres, Susana Fitere, Adriana Roisman, Alejandro Muzzupappa, Andrés Girola, Gonzalo Garabedian, Alejandro Rodríguez Álvarez, Valeria Agüero, Vanesa Sandoval, Mariela Gómez, Pablo Hounic, Jimena Maetta, Juan Argüello, Úrsula Aníbal, Solange Porto, Valeria Gilaberte y Nicolás D'Argenio.

Prensa

Amelia Sara Lafferriere, Juan Martín Sigales, Maximiliano Canda, Nicolás Martins.

